

nese V. M. leerla, y restituirme la tranquilidad que necesito. No he extendido ese escrito sin experimentar el dolor más profundo. Estaba muy lejos de creer hace quince días que pudiera nunca verme reducido á la dura necesidad de justificarme de una acusación contra mi conducta en España donde creo haber llenado todos mis deberes de hombre de honor.

»Mi graduación en el ejército imperial y mi delicadeza no me permiten continuar más tiempo bajo el peso de una acusación que tanto me desdora. He debido responder á ella con hechos que pudiesen ilustrar á V. M., cuya buena fe ha sido sorprendida. Suplico á

V. M. que los examine y me haga la justicia que merezco. Si ellos no bastan para reformar la opinión desfavorable que ha concebido acerca de mi carácter y conducta, rogaré á V. M. que me permita someterlos al juicio de mi soberano, á quien debo dar cuenta de todas mis acciones.

»Confío en que V. M. no se desdenará de ser mi juez en una causa que tan de cerca afecta mi existencia y la de mi familia.

»Tengo el honor de ser con todo respeto, etc.

»El mariscal duque de Bellune,

»VÍCTOR.»

*Copia de la carta escrita por S. M. el rey de España al mariscal duque de Bellune el 27 de agosto de 1809.*

*Hechos que el mariscal duque de Bellune opone á la carta de Su Majestad Católica*

«He recibido, señor duque, su carta de usted de Daimiel, fecha del 20, con el informe del jefe de Estado mayor del primer cuerpo, fechado en Talavera el 10. Propóneme usted que le apruebe; nada podía en verdad sorprenderme más después de haberlo leído, porque semejante escrito es una diatriba artera de las relaciones que entre nosotros han mediado desde la batalla de Medellín hasta la de Talavera. Preciso es que le hayan á usted hecho formar una idea bien singular de mi carácter, ó que se haya usted engañado á sí mismo desnaturalizando completamente los motivos que he tenido para obrar siempre con usted en todas circunstancias del modo que lo he hecho. El tono de ese informe es propio de un hombre que, descontento de mandar tan sólo el cuerpo más rozagante del ejército, se esfuerza en probar que si hubiera podido él dirigir todas las operaciones, los resultados hubiesen sido felices; que no lo han sido bajo mi mando, porque no plugo al emperador ponerme bajo sus órdenes de usted. Habiendo usted, señor mariscal, padecido tan extraña equivocación acerca de la índole de nuestras relaciones hasta el presente, no le sorprenderá que desde ahora le diga la verdad por entero:

El jefe de estado mayor del primer cuerpo del ejército de España ha redactado el informe de que se trata, ateniéndose al diario que lleva con toda escrupulosidad de las operaciones de este cuerpo de ejército. Ha procurado hacerlo con toda la exactitud que reclama un trabajo de esta especie, á fin de que S. M. C. adquiera un conocimiento exacto de los movimientos del primer cuerpo, de sus diversas posiciones y de los motivos que las determinaron: no tiene otro objeto el presente informe. El jefe de estado mayor, que ha ignorado siempre las relaciones que tenía yo con S. M. C., mal podía comentarlas; no podía hacer de ellas una diatriba y tomarlas como punto de comparación en el asunto que se le había cometido. Sabía por otra parte tan bien como yo mismo que escribía sólo para el rey, y en verdad que el respeto profundo que le profesa excluye toda duda sobre la pureza y rectitud de sus intenciones al hacer un trabajo dirigido solamente á manifestar á S. M. C. la verdad por completo. He leído su informe antes de dirigirlo al rey, y cierto que si hubiera echado yo de ver una sola expresión que aludiese á mis relaciones personales con S. M. ó que desnaturalizase los generosos miramientos con que me ha honrado en todas circunstancias, al punto hubiera yo retirado un escrito tan contrario á la conveniencia y á la gratitud. Si hubiera en él reconocido la presunción, la vanidad y los demás sentimientos poco dignos que S. M. C. cree ver en su contexto, me hubiera guardado de dirigirlo, so pena de que se creyese que había perdido el juicio para cometer un exceso de impudencia semejante: extravió que por fortuna no estoy en el caso de echarme en cara.

Siempre será para mí una garantía el respeto que la persona de S. M. C. y sus virtudes me inspiran, en prueba del cual le envié ese escrito verídico y puramente militar. Si yo me hubiese propuesto con él las miras que en la carta de Su Majestad Católica se insinúan, seguramente no se hubiera limitado mi demencia á ponerlo sólo en conocimiento del rey, sino que era lo más probable haberlo comunicado á mi gobierno y á todas las personas cuya opinión estimo; pero el rey es el único que ha sabido hasta ahora los pormenores de la campaña hecha por el primer cuerpo desde la batalla de Medellín hasta concluir la de Talavera. No es, pues, creíble que yo haya querido ensalzarme ante el rey en detrimento suyo, ni que haya provocado su resentimiento con el designio loco de enajenarme su benevolencia, que varias veces he demostrado estimar muy mucho. En efecto, nada veo aún en el informe del jefe de estado mayor que pueda hacerme sospechar una extravagancia semejante, si no es el expresarse en algunos puntos con cierta crudeza militar. Yo le encargué que no expusiese más que hechos verídicos, con las circunstancias que los motivaron. Tal fué mi intención y mi único deseo, y él debió respetarlo.

Supone S. M. C. que le he rogado que aprobase ese informe. Si se toma la molestia de volver á leer la carta que le escribí sobre el asunto, verá que mi súplica sólo hace referencia á las operaciones del primer cuerpo, y no al informe en que se hace mérito de ellas, y que lo que yo deseaba era que recompensase la conducta del primer cuerpo y la mía con su alta aprobación.

»No hablo del paso del Tajo, de los puentes incendiados y de otras cosas; me refiero sólo á lo de Talavera.

Siento mucho que S. M. C. no se haya dignado explicarse sobre el paso del Tajo, que incluye en el número de las faltas que imputa. Es muy posible que censure esa operación por ignorar las causas que la determinaron. Al manifestárselas ahora, espero probarle que en vez de haber merecido sus reconvenções, he prestado al ejército en aquella ocasión un servicio de suma importancia. Para que S. M. C. pueda juzgarlo me remontaré á la época en que los ingleses, dueños de la campaña en Portugal, no tenían nada que temer de parte del señor duque de Dalmacia.

El 12 de mayo me había yo dirigido con el primer cuerpo de ejército á Alcántara para reconocer y desalojar á una división anglo-portuguesa allí reunida con objeto de hacer una escaramuza en provecho del ejército español de Cuesta, y de encubrir al propio tiempo el movimiento que el ejército anglo-portugués del mando de sir Arturo Wellesley se proponía hacer sobre Plasencia. Al dirigirme á Alcántara esperaba también adquirir noticias positivas del señor duque de Dalmacia, cuya retirada se anunciaba hacía varios días. Era importante saber su verdadera situación. Dos motivos, pues, me llevaban á Alcántara: el de ahuyentar al enemigo de esta ciudad, y el de averiguar el estado de nuestras operaciones en Portugal. Y huélgome en verdad de haber tomado ese partido por las ventajas que resultaron, y que por cierto no han sido bien apreciadas.

La división anglo-portuguesa ahuyentada de Alcántara por nuestras tropas hasta más allá de la frontera de Portugal, no podía ya oponerse á las correrías que nuestra caballería hiciese en aquel país en busca de las noticias que yo deseaba proporcionarme. Hizo en efecto sus excursiones, y trájome una plena confirmación de los rumores esparcidos acerca de la retirada del señor duque de Dalmacia, con el aviso de que un cuerpo mandado por sir Arturo Wellesley marchaba hacia España para operar contra el primer cuerpo de concierto con el ejército de Cuesta. Repetido este aviso por muchos habitantes del país y no admitiendo duda alguna su veracidad, tuve el honor de transmitirlo á Su Majestad Católica en mi carta del 21 de mayo al mariscal Jourdan, mayor general. Este movimiento combinado de los enemigos reclamaba la mayor atención; pero para dar una idea de su importancia conviene que diga lo que me pareció entonces y el carácter que le han dado los últimos acontecimientos. El ejército anglo-portugués, no teniendo ya nada que temer del ejército que mandaba el señor duque de Dalmacia, podía avanzar sobre el primer cuerpo por Alcántara y embestirle, al mismo tiempo que el ejército de Cuesta pasando el Guadiana avanzase hacia él con igual objeto. Los dos ejércitos podían también combinar sus movimientos contra el primer cuerpo interceptándole la única comunicación que tenía, que era la de Almaraz, y acometerle después con fuerzas triples que las suyas, lo cual le hubiera reducido á la más apurada situación. Veamos si fué prudente la resolución que tomé para librarle de este conflicto.

Su situación actual era ya crítica, y la escasez de alimentos la hacía aún mucho más enojosa. Esquilado el país, costaba el mayor trabajo mantener en él al soldado malamente; había sin embargo que permanecer allí, y esperar, antes de tomar un partido, que los enemigos declarasen algo sus intenciones. Me reduje, pues, á establecer el primer cuerpo en Torremocha, desde cuyo punto podía observar á los ejércitos combinados para obrar según las circunstancias. Al propio tiempo envié á Almaraz, según las órdenes del rey, la división alemana del mando del general Leval, que hasta entonces había seguido al primer cuerpo. Esta disposición era necesaria, porque el puente de barcas que teníamos en el Tajo corría peligro de ser destruido, aunque estuviese protegido por las obras de campaña que había hecho yo construir en él y defendido por doscientos infantes también por disposición mía. Los numerosos insurgentes del Tietar estaban armados. Veíanse en Plasencia numerosos destacamentos del ejército enemigo de Portugal en comunicación con ellos. En dos jornadas podían estar todos reunidos en el puente de barcas, y su destrucción, resultado infalible de este movimiento, produciría consecuencias interminables y en extremo peligrosas. Nos ha sacado de este inminente riesgo la división alemana llevada á aquel punto, y la solicitud del rey sobre esto es una prueba de que ya S. M. C. había concebido recelos sobre la situación del primer cuerpo.

Las disposiciones que acabo de mencionar fueron tomadas el 20 de mayo, en cuya época me hallaba en Torquemada de vuelta de Alcántara. En esta disposición hacía yo observar al ejército anglo-portugués en la orilla derecha del Tajo por el general Leval, y en la izquierda por los destacamentos dirigidos so-

bre Alcántara, observando al propio tiempo al ejército de Cuesta con las tropas que tenía en el Guadiana. Cuidaba también de proporcionar á la tropa las raciones necesarias, y ciertamente no era esta tarea la menos dificultosa.

Transcurrieron así quince días sin que asomase el enemigo, pero empezaron á manifestarse sus proyectos á principios de junio. Puso en mi conocimiento el general Leval que los anglo-portugueses se reunían en Plasencia y que los insurgentes del Tietar se engrosaban cada día más. Mis destacamentos de Alcántara confirmaban estas noticias, de las cuales sacaba yo partido para hacer redoblar la vigilancia. El general Leval instruía á S. M. C. de cuantas noticias adquiría. Llegaba el momento en que era indispensable decidirse á tomar la ofensiva sobre el enemigo ó á replegarse al otro lado del Tajo para evitar un compromiso.

Pero ambos partidos ofrecían sus inconvenientes. No era posible en efecto avanzar sobre el Guadiana para acometer al ejército de Cuesta sin temer al ejército anglo-portugués dispuesto á marchar sobre el primer cuerpo y á interceptarle el único paso por donde podía retirarse en caso apurado. Tampoco era posible replegarse tras del Tajo sin alentar á los insurgentes y doblar por tanto sus fuerzas. Permanecí indeciso entre estos dos caminos hasta el 10 de junio, en que, apremiado por las circunstancias críticas en que me hallaba, tuve el honor de instruir al rey de aquel apurado trance, pidiéndole instrucciones.

Ya sabía S. M. C. el movimiento de los enemigos detrás del Tietar; sabía también que el primer cuerpo de ejército sólo con grandes dificultades podía mantenerse en la margen izquierda del Tajo, y antes de recibir mi carta del 10 de junio me había enviado orden para que me replegase sobre Almaraz y de allí pasase á Plasencia para proporcionar raciones á las tropas. Lleva esta orden la fecha del... de junio y la firma el señor mariscal Jourdan. Dispuse al punto cumplirla, y el 14 de junio el primer cuerpo emprendió la marcha hacia su nuevo destino. ¿Qué motivo, pues, ha obligado á S. M. C. á censurar este movimiento? Si no bastan á justificarle las razones que acabo de exponer, pronto daré á conocer cuán necesario era y cuánto debía holgarse el rey de haberlo autorizado. Pero antes de entrar en pormenores cúpleme dar cuenta de la conducta que observé relativamente al puente de barcas que se me acusa de haber incendiado inopinadamente. Llegado que hubo el primer cuerpo el... de junio á la orilla izquierda del Tajo, y debiendo continuar su marcha á Plasencia según la orden del... del mismo mes, no podía pasar á su destino si no le proporcionaba medio de franquear el Tietar, que á la sazón iba muy crecido por el derretimiento de las nieves. Fué, pues, indispensable trasladar á este torrente las quince barcas y demás materiales del puente del Tajo para construir un nuevo puente, y para eso no había más que cinco carros; pero se suplió la falta de medios de transporte con una grande actividad y un trabajo penosísimo. Los pontoneros, auxiliados por los artilleros, hicieron alarde en esta ocasión de su mucha capacidad y celo. En cuanto pasaron las tropas se deshizo el puente: las barcas y todos los materiales empleados en su construcción se dividieron en tres partes iguales, y se convino en que los cinco carros transportasen aquellos objetos al punto donde debían armarse de nuevo, en tres viajes.

Conviene observar aquí que del puente del Tajo al que habíamos construído en el Tietar medían siete leguas españolas largas, y que en los tres viajes y en la operación de armar el nuevo puente sólo podían invertirse veinticuatro horas. No arredró este enorme trabajo á los animosos obreros encargados de aquella obra. Concluyéronla sin levantar mano, y todo estaba ya pronto y dispuesto para el paso de las tropas, cuando llegó el señor coronel Marie, ayudante de S. M. C., y me entregó la orden de enviar á Toledo la división Villatte, la división alemana y una brigada de dragones, y de replegarme con el resto de mis tropas hacia Talavera, maniobrando entre el Tietar y el Tajo para observar y contener al enemigo. Poníame esto en un nuevo apuro por no saber qué hacer con el puente que tanto trabajo acababa de costarnos. ¿Cómo podía yo transportarle?, ¿qué medios tenía para ello? Todos los carros de la artillería estaban ocupados en llevar las provisiones considerables y municiones de guerra reunidas en Trujillo y Mérida. El ganado y los encargados de conducirlo estaban cansados á no poder más á fuerza de hacer viajes. La armadura del puente no contaba, según acabo de expresar, más que con una tercera parte de los carros necesarios para su transporte, y no había esperanza de encontrar en toda la comarca, ni á gran distancia, medio alguno para suplir su falta. Por otra parte no era posible esperar

á que se trajesen de lejos más carros, porque las tropas iban á quedarse sin raciones. La cosecha de aquel año estaba aún en pie y en las aldeas abandonadas no se hallaba un puñado de trigo. ¿Qué hacer en semejante apuro? ¿Debía sacrificar parte de los cañones para trasladar las barcas? Tampoco las cureñas me servían para el caso. ¿Debía dejar intactas las barcas que no podía llevarme? Sólo hubiera conseguido dar al enemigo nuevos medios de hacernos daño. Parecía, pues, el partido más juicioso destruir la parte del puente que no podíamos utilizar y salvar la restante. Este partido tomé, y emprendimos la marcha á Talavera llevando en pos de nuestra artillería cinco carros cargados con barcas y todos los aparatos empleados en la construcción del puente.

Estas aclaraciones bastarán sin duda á sincerarme á los ojos de S. M. C. por lo relativo á los puentes incendiados. Iguales causas, con otras no menos perentorias, originaron la pérdida de las municiones de guerra depositadas en el puente del Arzobispo. Todos los carros de artillería cargados de municiones iban marchando á Talavera. Los de los bagajes militares estaban ocupados en la traslación de los muchos enfermos que teníamos en Trujillo, y en aquella tierra no se hallaban carros de ninguna especie, como acabamos de manifestar. El ejército español de Cuesta acababa de echar un puente de barcas en el Tajo, frente á Almaraz, por donde habían pasado quince mil hombres de infantería y cuatro mil caballos. Igual número de infantes del mismo ejército y dos mil jinetes se presentaban delante del puente del Arzobispo. El Tajo podía vadearse en diversos puntos. El cuerpo de mi mando acababa de quedar reducido á once mil infantes y dos mil caballos, y para contener al enemigo en el puente de Almaraz y en el del Arzobispo hubiera sido preciso formar dos cuerpos, que por su escasa fuerza se hubieran visto igualmente comprometidos. Empezaba á acosarnos el hambre; era pues necesario, ó esperar al ejército enemigo y empeñarse inconscientemente en la defensa del depósito de las municiones, ó bien destruirlo y replegarse. Creí sinceramente que unas municiones escasas y en parte averiadas no debían obligarme á exponer la salvación de la escasa fuerza que me quedaba, y mandé echar al agua aquella pólvora molesta y casi inservible.

La expresión de *y otras cosas*, que sigue á la reconvencción que S. M. C. me dirige por lo de los puentes, es para mí cruelísima, puesto que parece aludir á un número infinito de desaciertos, de que no puedo justificarme cuando los ignoro.

Debo ahora tratar de que mi exculpación sea aún más clara y más evidente por lo que toca al paso del Tajo, y demostrar que este movimiento, lejos de merecer censura, debe contarse en el número de los que salvan á los ejércitos y preparan las victorias. Pronto se convencerá de ello S. M. C. y casi me atrevo á esperar que sentirá haberme acusado sin motivo.

El 14 de junio fué, según dejo indicado, cuando el primer cuerpo emprendió la marcha para volver á pasar á la orilla derecha del Tajo. Se ha visto ya que el ejército anglo-portugués, libre á la sazón de toda inquietud en cuanto al N. de Portugal, tenía sus movimientos expeditos y podía dirigir sus esfuerzos hacia España, y que sus primeras disposiciones anunciaban su próxima llegada á Plasencia. Poco duró la indecisión y la duda acerca de sus proyectos, porque se supo de una manera positiva que había llegado á Plasencia á principios de julio, y que dispuesto á continuar su marcha á Talavera, el general Wellesley le llevaba unos cuantos días de ventaja, precediéndole con el objeto de conferenciar con el general Cuesta, que se hallaba á la sazón con su ejército en Almaraz. Una sencilla exposición de la marcha combinada de los enemigos en ambas orillas del Tajo, hará comprender fácilmente que si el primer cuerpo no hubiese repasado el río á tiempo como lo hizo, se hubiera visto reducido á la enojosa extremidad de tener que batirse á la vez con los ejércitos de Cuesta y Wellesley, que componían juntos cerca de ochenta mil hombres, sin comunicación para retirarse en caso necesario y expuesto á una ruina total y casi inevitable. Toda su energía hubiera sido inútil para salvarle de una catástrofe, y la batalla de Talavera, donde tanto se ha distinguido, no hubiera tenido lugar. De este triste acontecimiento hubieran resultado consecuencias todavía más tristes, y no es fácil prever cuál hubiera sido su término. He prestado, pues, un servicio muy señalado á S. M. C. repasando el Tajo. ¿Cuál es el motivo que me ha hecho acreedor á su desagrado en un movimiento que él mismo autorizó?

Para responder á esta inculpación, que me atribuye sentimientos é intenciones muy ajenas de mi corazón y de mi carácter, empezaré diciendo que no soy

»Desnaturaliza usted todos los hechos; supone usted de-

rrotado el cuarto cuerpo, que ha rivalizado en gloria con el primero.

yo el autor de ese informe en el cual no he dictado una sola sílaba, aunque le haya leído sin ver en él esa derrota del cuarto cuerpo. Si S. M. C. se digna volver á leer el trozo concerniente á dicho cuerpo de ejército en la batalla de Talavera, verá que lo que se dice es, que habiendo ese cuerpo obtenido ventajas, fué después repelido, y que este acontecimiento debió afectar singularmente al éxito de la jornada.

Hago la justicia debida al valor de que ese cuerpo de ejército hizo alarde en esa circunstancia, en que sólo fué desgraciado; pero no es menos cierto que habiendo tenido que replegarse y ceder mucho campo al enemigo, dejó descubierta la izquierda del primer cuerpo, y que el jefe de estado mayor no podía menos de apuntar esta enojosa circunstancia, para dar una idea razonada y consecuente de las operaciones de aquel día. Podría S. M. encontrar mal ese trozo del informe si su autor le hubiese escrito con intención de perjudicar el buen nombre del cuarto cuerpo, pero no cuando el informe se escribió solamente para el rey, debiendo el autor detallar con verdad y exactitud los hechos de que S. M. mismo había sido testigo. No me es posible por otra parte conceder que el cuarto cuerpo, que no pudo sostenerse tres cuartos de hora contra el enemigo, haya rivalizado en gloria con el primero, el cual, después de una acción de veinticuatro horas, redujo al contrario al estado de no poder ya intentar cosa alguna.

»Supone usted que se retiró la reserva, que en toda la jornada no hizo más que un movimiento de flanco exigido por las circunstancias.

Lo que el jefe de estado mayor ha escrito sobre este punto no es exacto, y S. M. C. ha podido reconocerlo. Hice mal en no leerle con detenimiento. Al condenarle, y reconocer que ha falseado los hechos en algunos puntos, debo decir la verdad. Varios oficiales del rey, y principalmente el señor general Lucotte y el señor coronel Guye, me informaron de parte de S. M. C. del movimiento retrógrado del cuarto cuerpo «y me dijeron que el enemigo aprovechándose de las ventajas que le ofrecía la ocasión, se dirigía con fuerzas numerosas de Talavera al Alberche para adelantarse á nuestra izquierda, cuya concentración no se había aún verificado; que haciendo esta circunstancia nuestra posición muy crítica, S. M. C. entendía que la retirada del ejército iba á ser inevitable, y que me mandaba que inmediatamente hiciese trasladar parte de mi caballería á nuestra izquierda para ayudar á contener al enemigo.» Respondí á ambos que S. M. C. no tenía que temer; porque habiendo observado con mucha atención el camino por donde se suponía asomaba el enemigo, podía asegurarle que no se había dejado ver; que aparte de esto los enemigos, impetuosamente acometidos por el primer cuerpo, no podían ya sostenerse; que se desviaban de su línea de batalla; que la retirada de toda su artillería, cuyo fuego había cesado completamente hacía media hora, anunciaba sus temores; y por último que estaba yo convencido de que si el cuarto cuerpo avanzaba apoyándole la reserva, no tardaríamos en alcanzar la victoria. Supliqué en consecuencia á los señores Lucotte y Guye que lo manifestasen así á S. M. C.: ignoro si lo hicieron; pero vi al cuarto cuerpo y á la reserva recorrer avanzando hacia nosotros un espacio de cerca de seiscientos toesas y retirarse después en movimiento contrario torciendo hacia su izquierda. Así es como ha debido expresarse el jefe de estado mayor por lo tocante á la retirada de la reserva. Ignoro las circunstancias que la determinaron; sin duda debieron ser urgentes y fundadas.

»Pretende usted haberse tenido que retirar por seguir el movimiento del cuarto cuerpo y de la reserva el 29 por la mañana.

Me imputa el rey un error capital que soy incapaz de cometer. Apenas habían transcurrido tres horas desde el momento en que salvé al ejército de una indeleble afrenta manteniendo el campo de batalla, cuando el señor coronel Expert, ayudante de S. M. C., vino á mí para reiterarme de su parte la orden de que me replegase detrás del Alberche y previniese al señor general Sebastiani la hora en que el primer cuerpo emprendía su marcha para concertar el movimiento de ambos cuerpos. A esta resolución perentoria del rey no tenía ya observaciones que oponer; era casi de noche, no podía ya ver lo que hacía el enemigo, y debí creer que S. M. C., mejor instruido que yo, tuviese poderosas razones para retirarse. Envié, pues inmediatamente á prevenir al señor general Sebastiani que según las intenciones del rey el primer cuerpo iba á comenzar á media noche su movimiento hacia el Alberche. No desesperaba yo sin embargo de que insistiendo nuevamente cerca de S. M. C. sobre la actual situación y la parte de las líneas enemigas que yo ocupaba, S. M. se decidiría á renunciar al movimiento retrógrado.

Despaché con este objeto al coronel Chateau, mi primer ayudante, no sin recomendarle expresamente que manifestase á S. M. cuanto me sugerían las circunstancias y el interés de su servicio para atraerle á mi proyecto, y esperé su vuelta para disponer del primer cuerpo según las órdenes que me trajese. Este cuerpo

de ejército conservó las mismas posiciones en que se hallaba al concluir la jornada.

Un instante después de salir el coronel Chateau (y eran las diez de la noche), el señor general Latour-Maubourg me participó que el general Carrois, que mandaba una brigada de dragones, acababa de reconocer un destacamento enemigo que parecía dirigirse desde Talavera al Alberche. Anunciábame al propio tiempo el general Villatte que varios batallones enemigos desfilaban por la cresta de la montaña amagando á nuestra derecha. No me parecían estos movimientos demasiado terribles para cambiar la resolución que había tomado de mantener el campo, pero sí creí de mi deber dar parte de ellos al rey. Despaché, pues, á S. M. C. un ayudante del general Latour-Maubourg, para que ante todo le participase dichos movimientos, y principalmente para manifestarle que no me parecían tan graves que nos obligasen á una retirada que deseaba yo evitar.

En esta situación me recogí entre mis tropas y esperé el regreso del coronel Chateau. Llegó éste á media noche, y he aquí palabra por palabra la orden que me trajo de parte del rey. Enterado S. M. C. de la posición que ocupa el primer cuerpo, y de las esperanzas que usted conservaba de poder acometer con éxito al enemigo al día siguiente, me dijo: «Sé desde anoche que el enemigo ha asomado con una columna por las cercanías de Madrid, desembocando por Escalona y Navalcarnero. Por otra parte Venegas ha pasado el Tajo y se halla á punto de acometer mi capital. Pero los ingleses estaban enfrente de nosotros y era menester embestirlos. Creí que los resultados de la jornada serían más decisivos. Por lo visto el primer cuerpo á pesar de las ventajas conseguidas tendría que volver á empezar su obra mañana. Debo creer que en este momento se hallan en Madrid nuestros enfermos, nuestras municiones y todos nuestros almacenes, y que si damos tiempo á Venegas y á la columna de Wilson de tomarlo, perdemos todo lo más precioso para nosotros. Temo principalmente que nuestros enfermos sean víctimas de la venganza popular, y me parece indispensable un movimiento hacia la capital. Manifieste usted de mi parte al señor duque de Bellune los motivos que me impulsan á resolverlo. La reserva pasará el Alberche á las once de la noche por el puente, seguirá inmediatamente el cuarto cuerpo y lo vadeará por más arriba, y el señor duque de Bellune observará el movimiento del cuarto cuerpo para ajustar á él el del primero.»

¿Podía yo con estas instrucciones permanecer en el campo de batalla? Apelo á la misma justicia del rey. No había réplica, y dí orden al punto al primer cuerpo de dejar á las dos de la madrugada su antigua posición en la orilla izquierda del Alberche. Por lo que hace al ayudante del general Latour-Maubourg, no he vuelto á verle desde el momento en que le envié al rey.

»Olvida usted la carta que yo le escribí durante la noche, y se olvida usted de que estaba yo enteramente solo, descansando todos, cuando supe por la llegada del cuarto cuerpo que usted había emprendido la marcha.

Mal puedo haber olvidado esa carta, y aseguro que jamás la olvidaré, porque no creo haber experimentado en mi vida una sorpresa semejante á la que me causó su lectura. Eran entonces las cuatro de la madrugada: estaba yo muy ajeno de sospechar que S. M. C. pudiese desaprobarme la retirada que acababa de mandarme y que en tan pocas horas hubiese olvidado todo cuanto yo había hecho y dicho para evitarla. Sobre este punto mi justificación descansa en la misma instrucción que me envió S. M. C. por medio del coronel Chateau. La inteligencia y la lealtad de este oficial son demasiado notorias para que haya podido engañarme en un asunto de tanta importancia.

Ignoraba yo en efecto las circunstancias que corroboraban mis anteriores propósitos y lo fundado de mi insistencia; pero aun cuando me hubiesen sido notorias, no era para mí menos obligatoria la orden recibida de S. M. C.

El coronel Chateau me instruyó muy minuciosamente de las intenciones del rey; cabalmente porque me eran tan bien conocidas, fué por lo que dispuse el movimiento retrógrado.

Mucho siento que S. M. C. no se haya dignado explicarme los desaciertos de que ya me creía capaz cuando tuve el honor de verle el 29 por la mañana. Entonces hubiera yo tenido la doble satisfacción de sincerarme verbalmente y de recibir los elogios que creía haber merecido, pero que ahora sólo puedo atribuir á una fría compasión.

Si el primer cuerpo no se apoderó de la mesa, pronto sabrá S. M. C. el por qué, y espero que reconocerá que su generosidad ha caído en vago en las satisfacciones que cree deberme dar.

Logrado el objeto de S. M. C., creía yo haber contribuido bastante al triunfo que acababa de conseguir y á la satisfacción que le coronaba para poder recibir sin bochorno los elogios con que me ha honrado. No reprochándome mi

»Usted ignora que el general Milhaud entró en las primeras casas de Talavera, donde no encontró á nadie, y que muchos oficiales entraron en la ciudad abandonada y solitaria; ignora usted que mi intención aquel día fué siempre la de reparar el Alberche, pero quería reconocer al enemigo en la madrugada.

»Cuando vi á usted el 29 por la mañana en su antigua posición de Cazalegas, sabía yo ya todo esto; nada le dije á usted, le manifesté por el contrario la satisfacción que me